

LA CRUZ DEL CAMPO

(A MI QUERIDO AMIGO PEDRO MANUEL DE SORALUCE)

Señores presidente y vocales de la comisión de Monumentos de Guipúzcoa.

Señores y compañeros míos:

Es la primera vez que tengo el gusto de verme entre VV., y después de saludarles con efusión, les ruego me permitan someta á su exámen, en estilo familiar y sencillo, algunas ligeras indicaciones, pertinentes, á mi entender, á la misión que nos está confiada.

Parece que lo estoy viendo: era verano, el día espléndido, atardecía, y de una de las romerías que se celebran en los pueblos de nuestra Provincia regresaba inmenso gentío á sus hogares. Delante de mí iba un grupo de jóvenes, cantando y danzando cual sucede en tales ocasiones, en medio de la más hermosa de las alegrías, cuando instantáneamente todos hacen alto, ellas se santiguan y ellos se quitan la boina; era que allá, en una de las revueltas del camino, alzábase, sola en tierra, una cruz de piedra. Sería molestar á VV. el referirles aquí mis impresiones, pero no quiero ocultar que una oración salida del fondo de mi alma voló á confundirse con las de aquellos jóvenes, y que—será si se quiere una debilidad—pero me sentí orgulloso de mi raza.

¡Cuál sería mi asombro y cuál mi pena al volver á pasar por aquel sitio algún tiempo después y encontrarme con que la cruz había desaparecido!, con motivo ó pretexto de no sé qué obra que por allí hubo de hacerse según me dijeron.

Pues bien, señores; saben VV. que coronando unas las crestas de montes como Aitzgorri, Hernio é Igueldo, y diseminadas otras por valles, carreteras y senderos, se levantan en nuestro suelo, toscas y

cubiertas de yedra, muchas cruces como aquella, que son para Guipuzcoa, modesta en grandiosas obras de arte, el más bello monumento; el recuerdo más querido que nos legaron nuestros padres, el árbol cuya sombra nos acompaña de la cuna al sepulcro, y aun en este vela nuestro sueño.

Yo creo firmemente que esas humildes cruces, á cuyo pié hallaban dulce descanso los viejos euskaldunas que caminaron al paso y no al *vapor* cual nosotros, creo, repito, que esas cruces benditas no caerán jamás, porque, á pesar de todos los pesares, Euskaria nunca perderá la fé en la doctrina sublime que representa el amoroso símbolo de nuestra Redención; pero ¿no pudiera suceder que por excesiva confianza, rayana en un abandono que hiela el alma, una causa como la que antes he dicho ú otra cualquiera, y en último caso la acción del tiempo, vinieran á desmoronar alguna de aquellas?

Pues á fin de evitarlo, propongo á esta comisión de Monumentos, á la que tanto me honro en pertenecer, que, respetando escrupulosamente todo derecho que pueda asistir sobre el particular á corporaciones ó personas, tome bajo su amparo esos pedazos de piedra, que dicen más que todos los monumentos del mundo; y no solamente esto, sino que haga lo mismo con otros recuerdos preciosos para nosotros, cuales son, por ejemplo, en la pintoresca Pasajes, un trozo de pared ruinosa que evoque un cuento que nos narraron en la niñez; la ventana de marco antiguo en que, junto á la cajita de albahaca ó á la jaula del mirlo, vimos asomarse á personas queridas; el portal de casa armera en que jugamos cuando muchachos, y las gastadas escaleras por que rodamos; todo, en fin, lo que nos sea íntimo y encierre un resto de veneración al pasado, deben en mi concepto tratar de conservar comisiones como esta.

Para ello, creo que el medio más práctico y eficaz sería que la comisión se dirigiese atentamente á los Ayuntamientos de los pueblos, rogándoles que, con el expresado fin, se sirvieran enviar una nota de los indicados objetos que radiquen en sus respectivas jurisdicciones.

La comisión, á la que doy cumplidas gracias por haberme escuchado con benevolencia, acordará lo que estime oportuno.—San Sebastian 9 de Marzo de 1893.

ANTONIO ARZÁC.

